basílica de San Clemente de Roma, que, aunque data de los siglos XI ó XII, ofrece, en la prodigiosa armonía de todas sus partes, el modelo de la basílica Constantiniana, como puede asegurarse al contemplar la basílica primitiva recientemente descubierta debajo de la moderna.

Explicación del plano:

A. Narthecio exterior, ó sea el primer vestíbulo, destinado á separar la iglesia del bullicio de la calle. Estación de los que lloran.

B. Narthecio interior, *ó pronaos*, vestíbulo interior. Estación de los oyentes, que, con los catecúmenos, los energúmenos, los Judíos y los gentiles, no podían entrar en la iglesia más que para oir el sermón.

C. *Naos*, nave principal. Los penitentes llamados *prosternados* y *consistentes*, podían permanecer allí, pero sin participar de los santos misterios (véase el artículo *Penitencia canónica*).

D. E. Pequeñas naves preparadas para la separación de los dos sexos.

F. F. Ambones para las lecturas y los sermones.

G. Sitio de los clérigos menores y de los chantres.

H. Verjas de separación.

I. I. Santuario reservado á los sacerdotes y á los diáconos, ordinariamente cerrado por cortinas (véase el artículo *Velos* y *mamparas*).

L. Altar.

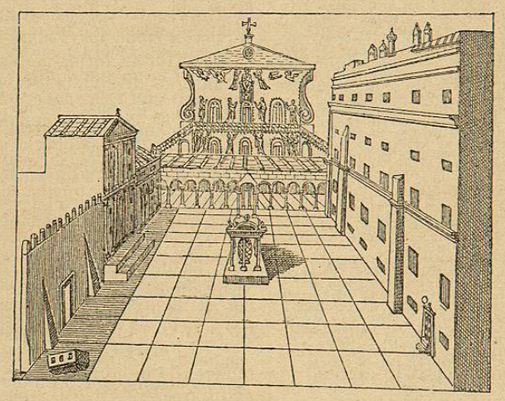
M. Cátedra episcopal (véase el artículo *Cátedra*).

N. Asientos de los sacerdotes (véase ibíd.).

O. P. *Diaconicum*, donde los diáconos conservaban los utensilios sagrados, y *gazophylacium*, para depositar las ofrendas de los fieles (véanse estas dos palabras).

VI. En Roma es donde conviene buscar especialmente las basílicas primitivas; en ninguna otra parte se encuentran en tan gran número. En otro tiempo había una iglesia en cada una de las catorce vías romanas. El tiempo, las invasiones de los bárbaros, principalmente la ocupación de los Lombardos, las han destruído casi todas. Hoy la Flaminia, la antigua y la nueva Salaria, la Prenestina y la Ardeatina, apenas conservan algunos vestigios de las suyas. Las otras nueve, la Nomentana y la Tiburtina, la Lavicana, la Latina y la Apia, la de Ostia, la de Porto, la Aurelia y la Cornelia, conservan, casi con sus formas primitivas, las basílicas de Santa Inés y de San Lorenzo, y con formas casi completamente renovadas, las de los Santos Marcelino y Pedro, de San Sebastián, la de San Pablo, fuera de los muros, y la de San Pedro en el Vaticano.

Las basílicas llamadas Constantinianas, porque pasan por haber sido fundadas por Constantino el Grande, son en Roma en número de siete: San Juan de Letrán, San Pedro en el Vaticano, San Pablo, extramuros, Santa Cruz en Jerusalén, Santa Inés sobre la Vía Nomentana, San Lorenzo *in agro Verano*; por último, los Santos Marcelino y Pedro, *inter duas lauros* (Carletti. *Chiesa di S. Silvestro in capite*, pág. 51, not.). Ciampini atribuye á Constantino otras muchas (*De sacris aedific. a Constantino M. constructis*). Constantino fundó en Jerusalén la basílica del Santo Sepulcro ó de la Resurrección del Salvador, llamada *Martyrion*, y en Belén la de la Natividad, y en el monte de las Olivas la de la Ascensión. Eusebio (*Vita Constantin.*, III, 53) le atribuye la construcción de una cuarta iglesia en Palestina, en el valle de Mambré, *ad quercum Mambre*, lugar que había habitado Abraham. Según Nicéforo (VII, 49), este príncipe construyó en Constantinopla tres grandes basílicas: la de Santa Sofía, Αγίας Σοφίας, la de Santa Irene, Αγίας Ειρηνης, la de Santa Dinamis ó Santa Virtud, Αγίας Δυνάμεως. Pueden aumentarse la de los Apóstoles, bajo cuyo vestíbulo quiso Constantino ser sepultado (Euseb. *Vit. Const.*, IV, 58 seqq.), y otras varias de menor importancia.



Terminamos este artículo dando aquí el grabado que representa la fachada de la siempre llorada basílica Constantiniana del Vaticano, tal como estaba todavía en el siglo XVI, antes de la construcción del actual San Pedro.

BASTÓN (SU USO EN LA LITURGIA). — Los más antiguos rituales y sacramentarios hacen mención de una curiosa costumbre de la primitiva Iglesia, costumbre cuyo sentido no se comprendería sin alguna, siquiera concisa, explicación. Esos libros dicen que en el acto de la misa, al empezar la lectura del Evangelio, todos los fieles sueltan los bastones que llevan

en la mano: *Dum Evangelium legitur*, *baculi de manibus deponuntur* (Honor. Augustod. *Gem. anim.*, I, 24.—Amalar. *De offic. eccles.*, III, 18.—Martène. *De antiq. Eccl. rit.*, lib. I, cap. IV, art. 5). Esto supone que los fieles asistían al oficio divino con un bastón en la mano, y en efecto, sabemos que esa era la antigua costumbre en la Iglesia.

De esa costumbre se dan diversas razones, autorizadas todas, á nuestro juicio. La primera se funda en la necesidad física. Sabemos, efectivamente, que los primeros cristianos se ponían de pie para orar, sobre todo en los lugares santos. Puede citarse á este propósito el canon 20 del Concilio de Nicea. Baronio ha hecho público este punto de disciplina primitiva (*Ad an.* XXIII, 109, y CCCXXV, 115), y nosotros remitimos al lector á nuestro artículo *Súplica*, donde la cuestión se ha tratado con la extensión debida. Las funciones sagradas se prolongaban á veces muchas horas, porque, además de la celebración de la liturgia, había las homilías y otros preceptos ordenados por los obispos (véase el artículo *Predicación*). Compréndese que la duración de estos oficios debía ser molesta para los fieles, principalmente para los ancianos, y que debían procurarse algún descanso apoyándose en un bastón, y la benevolencia de la Iglesia toleró esta costumbre. En segundo lugar, el bastón, en virtud del puño horizontal que de ordinario lo corona, habiendo sido mirado en los primeros tiempos y considerado por los Padres como el símbolo de la cruz (Augustin., serm. CVII. *De temp.*), era natural que los cristianos lo usaran durante la celebración de los santos misterios en memoria de la Pasión y de la redención del Salvador.

La tercera razón que se asigna á la citada costumbre, es más plausible aún. Es una causa completamente mística procedente de las analogías de la nueva ley con la ley antigua. Como para la manducación del cordero pascual del Antiguo Testamento se dispuso que los Hebreos tuvieran un bastón en la mano (*Exod.*, XII, 11), los discípulos de Cristo debían imitar este rito cuando se disponían á comer la carne del nuevo y verdadero Cordero en la Eucaristía.

BAUTISMO. — I. *Alegorías relativas al bautismo.*—Los arqueólogos advierten, en cierto número de asuntos figurados, ya en pinturas, ya en bajos relieves en los monumentos cristianos de las catacumbas, así como en las tumbas en general, alusiones más ó menos directas al bautismo, y, por consiguiente, al cristianismo de los que en ellas descansan; y sus opiniones en este particular se fundan siempre en la armonía de los textos más claros con esas diversas representaciones. Citaremos las principales de esas alegorías.

1.° El diluvio. «Era una figura, dice San Pedro (I Petr., III, 21), á la cual corresponde hoy el bautismo.» Y cuando Filón dice (*De vit. Mos.*, l. II, vers. fin.) que Noé era «jefe de una nueva generación», tuvo probablemente, según Grocio (*In. c.* III, *Epist.*, I, *Petr.*, V, 21), intención de indicar la misma cosa. Las representaciones de Noé en el arca son innumerables en nuestros monumentos primitivos (véase el artículo *Noé*).

2.° El paso del mar Rojo, figurado en varios sarcófagos (Aringhi, I, 331) y en los mosáicos, entre los cuales se cuenta en primer término el de Santa María la Mayor (Ciamp. *Vet. mon.*, I, tab. LIX). Los escritores sagrados que han visto en este acontecimiento la figura del bautismo (Sedul., l. I, *De sicco mari.*— Greg. Naz. *Orat.* XXXIX.—Prosper. *De pro miss.*, pars. I, c. 38.—Aug. *Serm.* CCCLII.—Beda. *Quæst. sup Exod.*, XX), se han fundado en este pasaje de San Pablo (1 *Cor.*, X, 2): «Nuestros padres han sido bautizados todos según el sistema de Moisés, en el aire y en el agua.»

3.° El agua que brota de la roca bajo la vara de Moisés (Bottari, XL, *passim*) es también, según San Jerónimo (*In Isai.*, XLVIII), San Agustín (Serm. 352) y San Isidoro de Sevilla (*In Gen.*, XXII), una figura del bautismo.

4.° La historia de la Samaritana (Bott., LXVI *et alibi*). San Epifanio (*Hæres.*, LV) dice que Nuestro Señor tenía á la vista el bautismo en las palabras que dirigió á aquella mujer: «El agua que yo le daré, lo convertirá en una fuente de agua que brotará hasta la vida eterna.» (Joan., IV, 14.)

5.° El agua del Jordán, santificada por el bautismo del Salvador (Aringhi, I, 381, II, 395). Pueden citarse aquí á Orígenes (*Homil.*, XLIV), San Gregorio de Nissa (*De bapt. Christ.* Opp., t. III, pág. 375, ed. Morel) y otros.

6.° Se nota la misma idea en la palmera, que es el símbolo de la victoria conseguida por el cristiano bautizado, sobre los poderes invisibles, y en el fénix, símbolo de la resurrección, y aquí del renacimiento espiritual por el bautismo (S. Clement. *Epist.* I, *ad Cor.*, XXV). (Véase el artículo *Fénix*.)

7.° El ciervo que se ve representado en gran número de monumentos, y sobre todo en las pinturas ó bajos relieves referentes al bautismo, como en el bautisterio de Ponciano, así como en ciertas pilas bautismales (Paciaud. *De baln.*, página 137), es el símbolo del catecúmeno animado del gran deseo de recibir el bautismo.

8.° Alton, explicando un jeroglífico bautismal (véase Polidori, *Pesce*), habla de la figura de un niño colocado sobre un pez. El niño es el bautizado, el pez es Cristo, de quien el obispo Orencio ha dicho en su *Commonitorium* (Ap. Munster, *Symb.*, I, pág. 19): *Piscis natus aquis, auctor baptimatis ipse est* (S. Hieron. *In psal*, XLI). (Véanse los artículos *Paso del mar Rojo*, *Moisés hiriendo la roca*, *Samaritana*, *Ciervo*, y aun *Caná*.)

II. Los principales nombres dados al bautismo en la antigüedad, son: 1.º *Indulgentia* (*Conc. Carthag.*, ap. Cypr. n. XIX, pág. 324), ó *peccatorum remissio* (Aug. *De bapt.*, V, 21), ó *ablutio peccatorum* (Greg. Nyss. *Orat. in Christ. bapt.*), *pietatis lavacrum;* estos nombres expresan el principal efecto del bautismo, que es la remisión de los pecados. 2.º *Regeneratio* (Cyrill. Hieros. *Catech. præf.*, n. X) y *unctio* (Greg. Naz. *Orat.* XI. *De bapt.*), *carnis abjectio*, «renuncia de la carne» (Vict. Utic. *Persecut. vandal.*, l. II), *innovatio* ó *sacramentum vitæ novæ*, *unda genitalis*, *nativitas secunda*, *salutaris regenerationis*, *renovationis lavacrum*, *vitale lavacrum* (véase Vicecom. *Ant. Bapt. rit.*, l. I, c. 3), alusiones á la vida nueva y á la santificación que este sacramento confiere. 3.º Considerado en su semejanza con la luz divina que lleva á la inteligencia, ha sido llamado *illuminatio*, φωτισμα (Clem. Alex. *Pædag.* I, 6). 4.º *Salus*, porque su resultado definitivo es la salud eterna (Aug., l. I. *De pecc. remiss.*, 24). 5.º *Signaculum Domini*, *signaculum Christi*, *salutare signaculum* (Clem. Alex. *Quis dives salvetur.*, ap. Euseb *Hist. eccl.* III, 23), porque es el signo de la alianza de Dios con el alma regenerada, ó mejor aún, según San Juan Crisóstomo (Hom. III. *In* 2 *Cor.* VI), la insignia que distingue á los soldados de Jesucristo de sus enemigos. San Gregorio de Nacianzo (*Orat.* XL, *de bapt.*) le llama también ϛφραγις que puede traducirse por *sigillium* «sello», y en otra parte (*Orat. ead.*), «comunión del verbo», porque este sacramento nos une al Verbo, nos asocia á su Pasión y á su muerte, y hace que no formemos sino un solo cuerpo con él. 6.º Se encuentran en los Padres otros muchos vocablos relativos ya al autor del bautismo, ya á su naturaleza, ora á sus efectos, ora al carácter que imprime al alma, por ejemplo: *Regius character*,—*character dominicus*,—*donum Christi*,— *initiatio*,—*consecratio*, etc. (véase Bingham. *Origin. eccl.*, l. X, c. 1, § 10)—«carácter real,— carácter del Señor,—don de Cristo,—iniciación,—consagración». 7.º El día del bautismo es á veces nombrado ACCEPTIONIS DIES (Fabretti, página 366), lo cual debe entenderse como la recepción del Espíritu Santo por el bautismo, ó quizá más bien de la admisión del neófito en el seno de la Iglesia. Esta locución estaba exigida por la disciplina del secreto. Un epitafio romano del año 278 (De'Rossi, *Inscr.* I, página 16), parece suponer que se trata de la recepción de la gracia de Dios por el bautismo; porque el día del bautismo del difunto está señalado con estas palabras: QUI GRATIAM ACCEPIT, D. N. (*Domini Nostri*) DIE XII. KAL. OCTOBRES. Marini trae una inscripción griega (Arval. XX) que contiene una fórmula casi idéntica á ésta: ΚΑΔωϹ, ΗΞΙωΝΕΝΟϹ. ΤΗΝ. ΚΑΡΙΝ. ΤΟΥ. ΘΕΟΥ, *qui bene consecutus est gratiam Dei.*

III. *Disciplina.*—1.º En un principio, únicamente los obispos, sucesores de los Apóstoles y herederos de sus poderes (Matth., XXVIII, 19), administraban el bautismo solemne (Tertull. *De bapt.*, XVII). Los sacerdotes, bajo la autoridad de los obispos. eran también los ministros ordinarios de este sacramento (*Constit. apost.*, III, 11). Los diáconos no lo administraban sino en virtud de una delegación episcopal (ibíd., VIII, 28). En caso de necesidad, los laicos podían bautizar con tal de que no fuesen bígamos y que hubiesen recibido el sacramento de la confirmación (*Concil. Illib.*, can. XXXVIII).

2.º En general, entre los Latinos el bautismo no se administraba sino en las vigilias de Pascua y de Pentecostés (Tertull. *De bapt.*, XIX). La misma disciplina se observó en la mayor parte de las iglesias de Oriente, hasta el siglo XIV, época en la cual se comenzó á bautizar en esas iglesias el día de la Epifanía ó Teofanía (S. Leo. I. Epist. XVI), haciéndose lo mismo en África (Vict. Utic. *De persecut. vandal.*, l. II). En Jerusalén se había establecido la costumbre de bautizar en el día aniversario de la dedicación de la iglesia edificada por Constantino sobre el Santo Sepulcro (Sozom., II, 26). En la Iglesia galicana se bautizaba el día de la Natividad de Nuestro Señor, sirva de ejemplo bautismo de Clovis, que tuvo lugar en ese día (Greg. Tur. *De glor. confess.* c. LXXVI, CXVI), y aun en el día de la Natividad de San Juan Bautista (Id. *Hist. Fr.*, VIII, 9). Hasta ahora, todo lo dicho se refiere al solemne bautismo hecho en público; respecto al bautismo privado, se administraba desde los primeros siglos, cuantas veces la necesidad lo exigía y sin distinción de días. La autoridad de Tertuliano en este asunto no puede ser más valiosa (*De baptism.*, XIX); después de haber hablado de la administración del bautismo en las solemnidades de Pascua y de Pentecostés, dice: *Cæterum omnis dies Domini est, omnis hora, omne tempus habile baptismo; si de solemnitate interest, de gratia nihil refert*, «la solemnidad puede ser menor, la gracia es la misma». Véase también á Valois (*Not. ad Euseb. Hist eccl.*, VII, 11).

3.º Desde Constantino, la administración *solemne* del bautismo tenía lugar sólo en los bautisterios propiamente dichos, construídos cerca de la iglesia (véase el artículo *Bautisterios*). Las pruebas del catecumenado (véase el artículo *Catecumenado*) eran sufridas la víspera de Pascua ó de la de Pentecostés; los *elegidos* se volvían á la iglesia hacia mediodía para el último escrutinio; volvían á ella de nuevo hacia la media noche, y entonces, después de la bendición del cirio pascual, tenía lugar la del agua, según la tradición apostólica (Cyprian. *Epist.* LXX, *ad Januar. Constit. apost.*, VII, 43). Después de esto, el obispo preguntaba á los catecúmenos si renunciaban al *demonio*, al

mundo, á *sus pompas*, y éstos contestaban afirmativamente. El obispo les preguntaba en seguida si creían en el *Padre*, en el *Hijo* y en el *Espíritu Santo* (Cyrill. *Catech. mystag.*, II), y ellos pronunciaban su profesión de fe á la Santísima Trinidad. Esta disciplina era común á los Griegos y á los Latinos. Estos interrogaban al catecúmeno sobre cada uno de los artículos del símbolo y especialmente sobre aquellos que eran discutidos por las herejías existentes entonces (véase Pellicia. *Eccl. polit.*, t. I, pág. 23).

Cumplidos estos ritos preliminares, el diácono presentaba al obispo los catecúmenos desnudos (Cyrill. *Catech.*, VII); las diaconisas desempeñaban esta misión con las mujeres (Chrysost. *Epist. ad Innoc. PP.*), y aunque los dos sexos estuvieran separados, los catecúmenos estaban, sin embargo, cubiertos con un velo cuando entraban y salían de las pilas (*Const. apost.* III, 16). Entonces el obispo, acompañado de los diáconos (*Ordo Rom.* ap. Matill. *Mus.* Ital., t. II), y de pie sobre el escalón más bajo de las pilas, sumergía tres veces al catecúmeno en el agua, y á cada inmersión invocaba una de las personas de la Santísima Trinidad (Tertull. *Adv.* Prazo). Esta manera de bautizar por medio de una triple inmersión se ha conservado entre los Griegos hasta el siglo VIII (Damasc. *Epist. de Trisag.* ap. Pellic.), y en la Iglesia latina sólo hasta el VI, desde cuya época no se hacía más que una inmersión. Debe creerse, no obstante, que el bautismo por infusión no era desconocido en los primeros siglos (Sandini, *Hist. famil. sacr.*, c. VIII). Cierto es, en efecto, que en una sola sesión San Pedro no pudo bautizar por inmersión tres mil personas (*Act.* II, 41), y en otra ocasión cinco mil (*Act.* IV, 4). Walfrido-Strabon asegura que el bautismo por infusión estaba admitido en su tiempo, es decir, en el siglo IX (*De reb. eccl.*, c. XXVI). El P. Marchi nos ha enseñado y explicado en el museo Kircher, una patena de bronce adornada de objetos alegóricos referentes al bautismo, creyendo este sabio que haya servido en los primeros siglos para bautizar por infusión. Es de presumir, sin embargo, que la inmersión y la infusión se empleaban simultaneamente, según se ve en ciertas representaciones del bautismo de Nuestro Señor y en la del bautismo de Teodelinda y de Agilulfo (véase Ciamp. *Vet mon.*, II, tab. IV, V). Cuando la pila era demasiado estrecha para que el catecúmeno pudiera ser sumergido por completo, se echaba el agua sobre su cabeza, con objeto de satisfacer las exigencias de la disciplina, que ordenaba que todo el cuerpo fuera tocado por la saludable agua (véase más abajo á propósito de los monumentos).

Después de la inmersión, que era la forma esencial del sacramento, el sacerdote que acompañaba al obispo, en la Iglesia latina, ungía con el óleo santo la frente del catecúmeno, todavía de pie en las fuentes sagradas (*Constit. apost.* III, 15), y el obispo le ponía sobre la cabeza un velo llamado *crismal* (Greg. M., l. VII, ep. 5). (Véase el artículo *Velamen mysticum.*) En seguida se le revestía con una túnica blanca, que conservaba hasta el domingo después de Pascua, que por esta razón era llamado en toda la Iglesia *Dominica in albis depositis*. La costumbre de llevar vestidos blancos durante toda la octava está indicada en el *Código Teodosiano* con motivo de las fiestas de Pascua y de Pentecostés. *Quibus*, se dice allí (XV, 515), *cœlestis lumen lavacri imitantia novam sancti baptismatis lucem vestimento testantur* (véase el artículo *Albas bautismales*).

Algunas veces se daba al recién bautizado una corona de flores de hojas de mirto ó de palmera (Martene. *De ant. Eccl. ritib.*, l. I, c. 12, n. 4). Un pasaje de Tertuliano (*De pudicit.* IX) parece suponer que, en Africa por lo menos, el neófito recibía también un anillo, porque él asegura que este anillo se daba á los cristianos caídos en falta, que, á imitación del hijo pródigo, volvían á la comunión de la Iglesia. San Zenón de Verona habla también de una medalla de oro (véase el artículo *Trinidad*). Si creemos al abate Rupert (Vicecom. *Op. laud.*, página 759), el neófito recibía también zapatos benditos, que conservaba puestos ocho días, como la túnica blanca y el velo místico, y que dejaba, pasado ese período, en el bautisterio. Se explica esta costumbre diciendo que hechos los zapatos con la piel de animales muertos, representan la imágen del Salvador, á la cual se une el neófito por su bautismo: *consepulti enim sumus cum illo per baptismum* (Rom., VI, 4).

En ciertos puntos, el obispo ó un sacerdote, ó un diácono, lavaban los pies del recién bautizado (Pellicc., *loc. laud.*), que los conservaba desnudos ochos días. Cuando el neófito estaba revestido de la túnica blanca, se le ponía una vela en la mano (Ambros. *Ad virg. laps.*, V.—Véase el artículo *Cirio bautismal*); el obispo encendia un gran cirio con el fuego reservado del Viernes Santo, y lo hacía llevar delante de él por un clérigo, mientras que, seguido de los recién bautizados, iba procesionalmente del bautisterio á la basílica, donde, antes de celebrar la liturgia, les administraba el sacramento de la confirmación (véase el artículo *Confirmación*). Se les daba en seguida á comer miel mezclada con leche, para marcar su entrada en la verdadera tierra prometida (Tertull. *De coron. mil.*, III.—Hieron. *Ad Lucif.*).

Tampoco es fácil explicar de dónde provenía la costumbre de darles también leche mezclada con vino dulce, costumbre perfectamente comprobada por los autores antiguos y en particular por San Clemente de Alejandría (*Pædag.*, I, 6) y San Jerónimo (In Isaiam), y los pasajes de estos Padres indican con toda evidencia que esta ceremonia era distinta de la precedente.